



AUTORES Y LIBROS

Enciclopedia americanista

Entiendo que por mediación del profesor chileno Nelson Osorio, a quien conocí en Viña del Mar en agosto de 1969, con motivo del Encuentro Latinoamericano de Escritores, he empezado a recibir la Revista Bibliográfica de la Fundación Ayacucho. Caracas, Venezuela. En el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, cuando las comunicaciones eran mucho más azarosas, había menos dificultades entre las diversas naciones de Iberoamérica para un amplio intercambio de experiencias en el campo cultural. Existía, desde luego, en no pocos letrados de aquellos tiempos la vocación del americanismo literario. Si no fueron americanistas individuos de la talla de Alfonso Reyes, Mariano Picón-Salas, Pedro Henríquez Ureña, Baldomero Sanín Cano y Ricardo A. Latcham, no sé con exactitud qué fueron. Sin duda lo fue como nadie nuestra Gabriela Mistral, que siguió en este destino la huella del cubano Martí. Cada vez que se examina el estilo de la escritora a la que Andrés Bello llamó "santa a la jineta", se llega a la conclusión que sólo en América de habla española podía darse tan considerable acopio de originalidad. Heredera en tal sentido del afán creador de Martí, Gabriela Mistral recoge en su forma de hablar de América el mejor ejemplo de Sarmiento y de Hostos, de Pérez Rosales y de Alberto Masferrer.

En los años que permitieron a Antonio Arellano Moreno, historiador y hombre de letras venezolano, servir la Embajada de su país en Santiago, se hizo viva entre nosotros la presencia de la Biblioteca Ayacucho. Hasta entonces ayunos del carácter de esta empresa acometida por las autoridades de la cultura de Venezuela, los escritores chilenos tuvieron ocasión de ver los primeros volúmenes editados en formato mayor por la Biblioteca Ayacucho. Entusiasta impulsor de la iniciativa de la Biblioteca Ayacucho, Antonio Arellano Moreno regaló a la Sociedad de Escritores de Chile una colección de los granados títulos iniciales. La persona de Antonio Arellano Moreno se une, entre paréntesis, a muchos de los trabajos del humanismo chileno para acabar con los compartimientos estancos en la cultura de Iberoamérica. Tanto

en el seno de la Sociedad de Escritores de Chile, acaso la más digna y peraltada de las instituciones inconformistas en tiempos del autoritarismo, como en la Academia Chilena de la Lengua, la obra de Antonio Arellano Moreno se dejó sentir en aquellos días cual inesperada dádiva de la naturaleza.

En el número 03 de la revista Bibliográfica de la Biblioteca Ayacucho se lee a modo de editorial: "Desde el mismo momento de su fundación, en 1976, los lectores han comprendido las peculiaridades de una colección como la Biblioteca Ayacucho. Su proyecto contempla la cuidada edición de 5 mil tomos en los que resume la vida cultural latinoamericana desde su más remoto pasado, el cercano y el presente. Esto es, las obras que el tiempo y la historia han depurado hasta convertirlas en clásicas. Un largo camino y un proceso que no se detiene. Cuando en el siglo XXI Biblioteca Ayacucho concluya sus labores con el último libro, se revelará finalmente la trama tejida desde el principio: la gran enciclopedia de la cultura".

En este mismo número de la Revista Bibliográfica de la Fundación Biblioteca Ayacucho se inserta, con oportunidad de la reedición de "Memorias de un venezolano de la decadencia", de José Rafael Pocaterra (1890-1955), una esclarecedora muestra del enjundioso estudio dedicado al maestro venezolano por su discípulo el brillante novelista, ensayista y poeta Miguel Otero Silva. De dicho ensayo es fuerza copiar, para goce del americanismo literario, los párrafos de cabecera:

"Sus primeros libros consagraron a Pocaterra como escritor. Pero sucede que en América Latina no se puede ser impunemente escritor consagrado. Los nuestros son países que exigen demasiado a sus orientadores, como señalaba Juan Marinello al hablar de Marínategui. Y a los orientadores o presuntos orientadores no les quedan sino dos caminos: el uno es venderse; el otro es predicar la justicia a riesgo de la libertad y la vida.

"El asunto viene de muy lejos. Viene de Bello y de Sarmiento y alcanza su más luminosa expresión en Martí. Los finales del siglo pasado fueron generosos en pensadores de raíz apostólica,



Ricardo Latcham.

Mariano Picón-Salas

servidores por igual de la cultura, de la equidad y de la verdad. Justo Sierra, en México; Enrique José Varona, en Cuba; Eugenio María de Hostos, en Puerto Rico; el entonces joven Baldomero Sanín Cano, en Colombia; Juan Montalvo, en Ecuador; Manuel González Prada, en Perú; Ruy Barbosa, en Brasil, no se resignaron al oscuro destino que pretendía pasmar el cogollo creador, resacar el jugo vital de nuestros pueblos..."

En su valioso estudio documental "José Rafael Pocaterra: Ficción y Denuncia" (Monte Avila Editores, Caracas), María Josefina Tejera recuerda que el autor de las "Memorias de un venezolano de la decadencia" escribió, además, cuentos y cuatro novelas "en las que se mezclan el testimonio y la diatriba de manera original". Como articulista de periódico, Pocaterra impuso también su estilo de desollado vivo en la gran caldera de las dictaduras políticas de nuestro continente. Gracias a la revista "Repertorio Americano", editada en Costa Rica por el insigne Joaquín García Monje, ha sido posible preservar el credo ético de más de una de las notables "Cartas hiperbóreas" escritas desde el exilio de Montreal, Canadá, por el valeroso Pocaterra en contra de los tiranos de turno en su pobre Latinoamérica. Por ejemplo, ésta dirigida a Machado, del 13 de



agosto de 1933, ya depuesto de su mandonismo en Cuba: "Hoy desembarcó Gerardo Machado en Nassau, en las Bahamas, con la ropa sucia y un panamá chafado, entre un grupo de acólitos temerosos y lastimosos. Un gendarme colonial les quitó los cinco revólveres y los condujo a un albergue. Allí el hombre fuerte, el hombre de hierro se bañó, comió vorazmente en payamas, se hizo tomar las medidas para ternos frescos y recuperó, en breves instantes, su verdadera personalidad: su vulgaridad espiritual, echándole espiropos a las autoridades, y su vulgaridad fisiológica, devorando un abundante desayuno rociado de «whiskey». Cuando yo dije que Leguía era el último payaso, Gerardo Machado tomó de pretexto que «un escritor extranjero» ofendiera en Cuba a su amigo el dictador peruano; y al otro día clausuró la «Unión Nacionalista...» «El Heraldo de Cuba», donde tantas batallas se libraron por la libertad y la dignidad de Cuba y la América Hispánica, pasó a ser cosa amorfa y estúpida... El pueblo cerró su proceso...". etc.

Pocaterra invita finalmente a Gerardo Machado a pescar en otro charco. Era la suya la época de los escritores más que valientes, valentísimos.

Filebo

Enciclopedia americanista [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Enciclopedia americanista [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile